



Universidad Nacional de Córdoba
Repositorio Digital Universitario

Sujetos, tiempo, espacio. Aporías políticas del discurso económico

Norma Fatala

Cómo citar el trabajo:

Fatala, N. (2011). Sujetos, tiempo, espacio. Aporías políticas del discurso económico. En Andruskevicz, C.; Melo, C. G. *Actas del VIII Congreso Nacional y III Internacional de la Asociación Argentina de Semiótica: Cartografía de investigaciones semióticas*. Posadas: Asociación Argentina de Semiótica. Disponible en: <http://hdl.handle.net/11086/6171>

Licencia:

Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



SUJETOS, TIEMPO, ESPACIO. APORÍAS POLÍTICAS DEL DISCURSO ECONÓMICO

Norma Alicia Fatala

nfatala_ar@yahoo.com.ar

Proyecto de investigación: Discurso social. Tiempo y espacio en la construcción de identidades

Directora: María T. Dalmasso

Codirectora: Norma Fatala

CEA - UNC

Palabras clave

Discurso económico – Estado – territorio – tiempo social – comunidad política – Mercado

Resumen

A pesar de su incidencia en la vida social, el campo discursivo de la economía no es demasiado frecuentado por los estudios del discurso. Esto resulta bastante sorprendente, dado que en la Argentina de los 90 un discurso económico extremo, el neoliberal, hegemonizó no sólo la esfera pública, sino la vida de la polis, desplazando al discurso político hacia los márgenes del espectáculo y la publicidad.

Desde una perspectiva sociosemiótica, este trabajo pretende, aportar al estudio del discurso económico focalizando especialmente las construcciones subjetivas y sus coordenadas témporo-espaciales en las manifestaciones registradas por la prensa gráfica de Córdoba entre septiembre de 2001 y abril de 2002 -un período que engloba la crisis institucional del 20 de diciembre.

Las luchas simbólicas que se producen entonces ponen de relevancia las dificultades de un discurso fundado en la razón de mercado y en la lógica del

cálculo y el interés para construir sujetos colectivos de los que se pueda predicar el bien común (esa *obligación de decir* propia del discurso político). La “comunidad política imaginada”, cuyos presupuestos son la territorialidad del Estado y la continuidad en el tiempo (Anderson 1993), aparece como incongruente con un discurso centrado en la actualidad (un puro presente) y en el flujo irrestricto de capitales (una desterritorialización, como apuntaron Deleuze y Guattari (1987).

En ese sentido, las operaciones discursivas orientadas a encubrir esta falla constitutiva del discurso económico ofrecen un ingreso a la gramática de producción y la doxa estratificada del campo.

* * *

Sujetos, tiempo, espacio. Aporías políticas del discurso económico*

En *Le corps du Président* (1985), Eliseo Verón sostiene: “La estrategia discursiva del tecnócrata [en su ejemplo, un economista] consistirá en jugar el juego de la política mientras parece jugar otro juego”. Si por ello entendemos el participar en las luchas por el poder -no necesariamente gubernativo, sino por el poder de sobredeterminar las políticas del Estado (cf. Bourdieu y Wacquant 1995: 74-5)- desde ya que el discurso tecnocrático, como el de otros sectores canónicos (la Iglesia, por empezar), “juega el juego de la política”. Esto no impide observar que las reglas mismas de producción del discurso económico presuponen una doxa estratificada (Angenot 1989:29) que sostiene relaciones paradójicas con el bien común, esa *obligación de decir* del discurso político.

En ese sentido, la crisis argentina de diciembre de 2001 pone en evidencia las aporías del discurso de mercado a la hora de considerar al *socius*. Las fisuras que resquebrajan su aceptabilidad devienen más visibles a medida que crece la protesta social y, en el corazón mismo del canon, se va consolidando un discurso

antagónico, articulado en torno a la redefinición del rol del Estado y de la relación política /economía.

Esto no implica que el discurso (la ideología) neoliberal entre en vías de desaparición. Por el contrario, no sólo sus defensores (economistas, empresarios, financieros, políticos, publicistas...) van a librar un combate agónico en nombre de las bondades del modelo a todo lo largo del período considerado; sino que un relevamiento somero de los discursos sociales argentinos, nos demostraría que sus efectos de sentido nos acompañan hasta la fecha, agazapados en la colonización del léxico y en la naturalización de construcciones simbólicas instituyentes de relaciones sociales.¹

La reconfiguración de la hegemonía discursiva operada a partir de enero de 2002 no será por lo tanto el efecto de una ruptura dramática con el orden global, pero sí de un reposicionamiento notable de los sectores dirigentes, orientado a “poner en su lugar” a los portavoces de la economía de mercado; es decir, a corregir el desplazamiento sustantivo que, en la Argentina de los 90, había transformado las leyes propias del campo económico² en los principios rectores no sólo de la esfera pública (el lugar de la sociedad civil en términos habermasianos), sino de la vida política.

Analizar estas transformaciones discursivas requiere entonces comenzar por la gramática de producción de esa *razón de mercado* que en su hegemonía noventista subordinó a su lógica la *razón de estado*.

Sin embargo, definir el discurso económico no resulta muy simple. Por una parte, si los límites de todo campo son imprecisos y sólo pueden inferirse de los *efectos de campo* (Bourdieu y Wacquant 1995:67); el económico, al igual que el político, resulta coextensivo con el conjunto de la vida social. A la vez, si pretendiéramos aplicar a la definición del discurso económico la determinación situacional que Charaudeau plantea para el discurso político (*Ce n'est donc pas le discours qui est politique mais la situation de communication qui le rend politique* (2005:30)), terminaríamos quizás por concluir que *todo es economía*, dada la

diseminación de las prácticas económicas en la vida cotidiana y las construcciones simbólicas que producen los diversos agentes sociales. La definición, entonces, ha de correr por la vía de las restricciones. Entiendo por discurso económico toda construcción simbólica que tematice la producción y circulación de la riqueza en términos macrosociales, fundada en *pretensiones de saber*; es decir, emanada del campo restringido de la economía (donde el capital específico define a los participantes legítimos).

Aunque operativa, esta simplificación debe ser relativizada, dada la complejidad del campo. En efecto, la producción discursiva mediatizada revela una superposición de órdenes interrelacionados que se definen por sus funciones y por las posiciones con respecto a la producción de riqueza. Por una parte, podemos distinguir los sectores de la actividad económica “real”; cuyos voceros en muchos casos pertenecen al escalafón gerencial (es decir, expertos que aplican saberes económicos a emprendimientos privados). Por otra, existe un orden de expertos munidos de mayores capitales simbólicos: los diseñadores de políticas económicas en el ámbito nacional o internacional (i.e., en la función pública o en los organismos multinacionales) y los formadores de opinión especializada (fundaciones y centros de estudios económicos, consultoras). Finalmente y como llenando los intersticios en una función falazmente subalterna, están los publicistas especializados, verdaderos artífices de las condiciones doxológicas de recepción de los discursos emanados de las otras instancias.

Grosso modo, podría decirse que estos sectores discursivos encarnan las prácticas económicas, la economía política y la mediatización de la economía. Conviene sin embargo desechar de entrada toda idea de compartimentos estancos (muchos agentes mudan de un rol a otro o los sostienen simultáneamente) o de un orden jerárquico preestablecido e inmóvil. Contencioso como todos los campos, el equilibrio de poder es siempre provisorio y está en relación con las condiciones históricas: las políticas del Estado y el orden económico mundial. Lo que esta distinción analítica permite observar, en todo caso, es la incidencia de los intelectuales orgánicos, en un sentido muy gramsciano, en todos los niveles de

producción discursiva. La novedad de los 90, precisamente, consiste en la visibilidad de estos enunciadores en los lugares más expectables de la vida nacional: como ha señalado Oscar Terán (2002:35), “al compás del descentramiento de la política y del predominio del mercado, el intelectual hegemónico resultó el economista”.

La hegemonía neoliberal comportará así una reestructuración radical de la topología del *discurso social*³, posicionando al economista en el centro del canon discursivo, en el *lugar de* (producción de) *la verdad*, operación fundada en la pretendida científicidad /racionalidad del número y en la legalidad “natural” del mercado. Si la condición de discurso verdadero (por cuanto racional), constituye siempre un presupuesto de los discursos económicos -algo que va de suyo y no requiere ser explicitado-, en el discurso de los economistas neoliberales la “verdad” del mercado adquiere un valor absoluto y sustenta la pretensión de competencia de los enunciadores para emitir juicios o predicciones y, sobre todo, para prescribir las fórmulas que deben regir las políticas del Estado, enunciados en los que la coincidencia perfecta de las modalidades deóntica y alética (obligación y necesidad) no deja resquicios para la diferencia.

No sorprende entonces que cuando la fantasía neoliberal sea “atravesada” (en el sentido de Žižek (1992:173 y ss.), muestre la falla que la constituye), las críticas se centren, precisamente, en los saberes que son el capital simbólico de los economistas.

En el campo económico, a su vez, la pérdida de aceptabilidad del discurso del mercado exaspera los componentes polémicos que normalmente el discurso tecnocrático oculta. Esto redundará en tres cuestiones que paradójicamente, ponen de relevancia la impoliticidad del discurso económico: la construcción simbólica de la crisis, el debate en torno a la definición del Estado, la politización del dispositivo de enunciación.

Verón (1985) señala muy agudamente que el tecnócrata “*parece haber encontrado en la gestión de la crisis mucho más que en la del crecimiento su legitimidad definitiva*”. Esto se compece con la concepción del tiempo implícita

en el discurso neoliberal, una temporalidad ajena al tiempo histórico lineal (y, por lo tanto también a los procesos) que articulan a la comunidad política. La crisis, con la exasperación de lo actual, es compatible con un discurso donde sólo hay presente (lugar de luchas, decisiones y oportunidades) y, en todo caso, un futuro de posibilidades abiertas, (lugar de la especulación y el cálculo), pero no un pasado que permita explicar la coyuntura actual. La lectura neoliberal del presente es normalmente aporética, ya que se funda en el estado de la cuestión. La inminencia del default, por ejemplo, se considera un efecto de la incapacidad de *renegociar* la deuda externa, sin ninguna reflexión sobre el proceso y las condiciones del endeudamiento. Esta irrelevancia del pasado hace que, cuando se pretende “historizar” las causas con fines manipulatorios, la argumentación proceda mediante *operadores de interpretación*, sintagmas nominales que, según Verón (1987:19), suponen “*un efecto inmediato de inteligibilidad*”, como “la hiperinflación”, “décadas de demagogia”, etc.

En relación con la crisis, el hipostasiamiento del presente justifica además el trastocamiento de normas que rigen la vida social, bajo el imperio de la obligación/necesidad. En términos de los economistas, “se hace lo que hay que hacer”, el problema es determinar al destinatario de ese hacer. Aunque los economistas recurren generalmente al metacolectivo “país”, se trata de una noción sesgada por la “teoría del derrame”, que hace depender la suerte del conjunto de la población de los avatares del poder económico. Los dichos relativos a la instauración del corralito financiero -una medida que contraría la ley de intangibilidad de los depósitos- son ilustrativos. Aunque Cavallo, desde la función pública intenta una justificación por el interés de los ahorristas, los otros economistas, que desde la crítica avalan la medida, dejan en claro que la preservación del país empieza por la preservación del sistema financiero.

[...] “No hay nada decidido, pero todo lo que hagamos será para preservar los ahorros y la convertibilidad, para preservar el uno a uno. La gente no va a tener ningún problema para los pagos que tenga que hacer”, dijo anoche Domingo Cavallo a través de un comunicado (“Congelarían los depósitos a plazo fijo”, LVI 01/12/01: A4)

Por su parte, el economista Manuel Solanet afirmó que las medidas constituyen “un retorno al control de cambio y eso es muy lamentable”, aunque admitió que “había que hacer algo” porque si no, en dos días “los bancos se quedaban sin dinero y era un crac absoluto” (“Por ahora las medidas generaron críticas y pronósticos pesimistas”, LMC 03/12/01: 6).

“Si no se tomaban estas medidas, el lunes habrían caído algunos bancos y se hubieran ‘pisado’ todos los depósitos” y “una sola chispa hubiera provocado una crisis terminal.” “Es lamentable, pero no había otra” [R. Alemann] (“Era imprescindible que tomaran medidas”, LMC 03/12/01: 6).

Estos enunciados tiene la virtud de demostrar los límites de interpretación de una noción cara al discurso neoliberal, la de *seguridad jurídica*, dada la suerte de *legalidad* que presupone. Una legalidad que poco tiene que ver con la noción abstracta de justicia y de igualdad ante la ley que funda el contrato social, y que parece más bien hundir sus raíces en un hobbesiano “estado de naturaleza”.

La asimetría radical que este discurso naturaliza se reduplica, como es de esperar, en el dispositivo de enunciación. “*Palabra desnuda, precisa, formalizada, desprovista de todo colectivo de identificación*”, dice Verón en 1985. Yo no estoy tan segura, pero puede tratarse de que, a comienzos del siglo XXI, las condiciones de recepción del discurso neoliberal se han modificado, su poder totalizante está en retracción, y parece claro que todo discurso tecnocrático económico presupone un enunciatario cómplice, un verdadero prodestinatario tanto en un sentido neocorporativo (la pertenencia a grupos de interés) como en el de compartir un *saber* que excluye al común de los ciudadanos.

Cuando se construye un destinatario más general es desde esta asimetría: recetas, fórmulas tranquilizadoras o, por el contrario: manipulación por el temor. Es notable, por ejemplo, que cuando los publicistas neoliberales se incluyen en un *nosotros de máxima extensión (nosotros los argentinos)*, lo hacen para descalificar, generalmente según parámetros culturales y no políticos, esa identificación.

Como sujeto de los enunciados, la construcción del *socius* es demográfica. Los números (objeto siempre del cálculo y la verdad matemática) permiten sortear los efectos colaterales de la concentración de la riqueza y la especulación financiera. Esta mirada aséptica y “realista” sobre las multitudes y los “hombres ordinarios” adquiere, sin embargo, matices agónicos ante los colectivos sociales (ya se trate de partidos políticos, sindicatos o movimientos sociales).

En el período que nos ocupa, el discurso neoliberal construye inequívocamente como adversaria a la clase política, sobre todo a aquellos sectores que conciben otros roles y funciones del Estado que no sean meramente aceptar los engranajes jurídicos y subsidiadores de la actividad económica y financiera. A menudo, esto se funda en la axiologización clásica de una isotopía que opone *economía* / política, *saber*/ no saber, *racional*/irracional:

Periodista: ¿Cómo vivió las disputas entre Raúl Alfonsín y Domingo Cavallo?

Roberto Alemann: Esa discusión es como la del sexo de los ángeles. Directamente no tiene que existir. ¿Cómo Alfonsín puede ser tenido en cuenta en un debate económico en contra de Cavallo? La última propuesta económica que hizo es suficiente prueba (“¿Cuándo Alfonsín se dará cuenta del daño que hace?” [Declaraciones de Roberto Alemann], LMC 05/09/01:8).

Sin embargo, la construcción simbólica de la clase política muchas veces se traduce en la figura del *chivo expiatorio* “cargado con todo lo que era ‘malo’” (Deleuze y Guattari 1987:116) en el Estado social. La reversibilidad de esta operación - todo lo malo de la política (corrupción, clientelismo) también es puesto en la cuenta del Estado- es indicial de la relación de extrañeza, de *ajenidad* que este discurso económico sostiene con *lo* político, es decir, en términos de Rosanvallon (2003:15, 20), con todo aquello que constituye a la *comunidad política*:

[...] El país tiene un tumor maligno, pero por suerte está encapsulado. Está alojado en el Estado. Un Estado sobredimensionado e ineficiente, con alta corrupción. Se ha discutido mucho sobre qué hacer para reformar el Estado.

En primer lugar se debería convocar a los auténticos representantes de la dirigencia para un acuerdo que defina objetivos y políticas para crecer.

Esto no lo puede plantear en soledad la clase política [...] (Héctor Paglia, Director ejecutivo de Fundación Mediterránea, “Hay un tumor encapsulado”, LVI 07/12/01:A6).

Como se observará, ni el estatuto dóxico de los efectos del modelo para diciembre de 2001 impide que los economistas neoliberales sigan sosteniendo una concepción del Estado como mal inevitable, que sin embargo, las “verdaderas dirigencias” aspiran a conducir. El carácter marcadamente agónico de su construcción simbólica del Estado da cuenta de la militante voluntad de aniquilar los rasgos residuales, las persistencias, de eso que Cavarozzi (1996) dio en llamar *la matriz estadocéntrica*⁴. Contra toda prueba, estos sectores seguirán insistiendo monolíticamente con las recetas ultraliberales: más ajuste del Estado, reducción del gasto político y administrativo y social. Notablemente, su único gesto de solidaridad con el resto de la sociedad civil es el clamor por la *redistribución del gasto*; es decir por la instauración de un sistema contributivo más regresivo:

P.: ¿Qué le recomendaría [a Armando Caro Figueroa, designado en el AFIP]?

R.A.: Que por primera vez deje de embestir contra los mismos 2.500 contribuyentes que siempre pagan. Incluso en el último acuerdo con el FMI se cayó en lo mismo. Fiscalizar a esas 2500 personas y empresas que siempre son perseguidas y que siempre son sospechadas de evadir. En la Argentina la evasión está concentrada en 7 millones de personas que tienen empleo en negro, monotributistas que no pagan o declaran menos, amas de casa que trabajan normalmente y empresas, no siempre grandes que no liquidan bien sus impuestos (Declaraciones de Roberto Alemann, “¿Cuándo Alfonsín se dará cuenta del daño que hace?”, LMC 05/09/01:8).

Las estadísticas oficiales dicen que un 50 por ciento de lo tributable se evade, llevando a que los empresarios que contribuyen, deban soportar por todos aquellos que no pagan. Existe de parte del Estado un sistema anacrónico y obsoleto para cobrar los impuestos, siendo que esto debería responder a la capacidad de tributación del pueblo argentino. Y para que haya eficiencia, hace falta dotarse de un buen grupo de asesores... (Gerardo Juárez, presidente de la Unión Industrial de Córdoba,

“Juárez: Las empresas que continúan en pie ya tienen los deberes hechos” LMC 03/09/01: 6)

Aunque economistas y empresarios coincidan en recordar a la sociedad a la hora de distribuir la carga tributaria, la crisis de la hegemonía discursiva neoliberal es finalmente atestiguada por la aparición de un contradiscurso que da cuenta de los enfrentamientos en el interior mismo del campo. En efecto, durante su auge noventista, el discurso de mercado articuló en torno al *point de capiton*⁵ “globalización”, todo un sistema simbólico que hizo posible la desnacionalización de la industria, de la actividad económica, y hasta de la moneda. Los efectos desterritorializadores de la convertibilidad pueden rastrearse no sólo en la pérdida de soberanía del Estado, que ha renunciado a la regulación del cambio, sino en el imaginario colectivo (*cf.* Sidicaro 2002:176-7). Para 2001, sin embargo, un *crescendo* de críticas provenientes fundamentalmente de los sectores empresariales (los sectores de la economía “real”) proclama el agotamiento del “modelo” y pone en cuestión -su rasgo más subversivo- la hegemonía cognitiva de los economistas, su lugar como productores de verdad:

La Federación Agraria y Coninagro se ubicaron esta semana en una posición beligerante, apoyaron el paro que realizaron ayer las centrales obreras, mientras advirtieron sobre “la incoherencia y el desorden” en el entramado de “medidas aisladas y contradictorias” y un modelo al que consideran agotado (“Freno en el plan de competitividad”, LVI 14/12/01, La voz del Campo: 2).

Terragno volvió a cuestionar la gestión del ministro de Economía, Domingo Cavallo, al sostener que los países importantes confían sus economías a empresarios o políticos visionarios no a académicos”, a la vez que insistió en la necesidad de reprogramar consensuadamente la deuda externa (“El radicalismo vuelve a tomar distancia del gobierno nacional”, HDC 05/09/01:3)6.

El dirigente industrial resaltó que “entre nuestras costumbres políticas está el creer que estas coyunturas económicas deben definirla sólo los economistas, negando con ello la participación de otros sectores igualmente importantes” [...] (“Piden imitar modelo de defensa brasileño”, LMC 03/09/01:7)

La ortodoxia de mercado tiene así que enfrentar adversarios internos que, sin retractarse del achicamiento del Estado, reivindican su territorialidad aduanera y monetaria:

En la puerta de la Catedral, el Grupo Productivo distribuyó boletines donde pedía la renegociación de la deuda externa, plena vigencia del déficit cero en los tres niveles del Estado y una baja sustancial del gasto político.

En ese folleto impreso en celeste y blanco, con una Bandera argentina en su encabezado, también se expresó el rechazo a la dolarización y se pidió la implantación de aranceles a las importaciones y reembolsos a las exportaciones. (“Sin certezas sobre el futuro, el Grupo Productivo rogó por una recuperación”, LVI 20/12/01: A 8)

Sin hacer juicio sobre la sinceridad de este reverdecido patriotismo (ya lo dijo Todorov (1995:60), para una historia de las ideologías [de los discursos sociales] no es relevante que un autor se equivoque o mienta, sino que haya confiado en la aceptabilidad de su discurso), la recuperación de las fronteras territoriales, inequívocamente señalada por el recurso a los símbolos nacionales, es un rasgo que este discurso comparte con otras manifestaciones de distintos campos, incluido el de la protesta social, y en ese sentido es indicial de una reconfiguración del canon discursivo que presupone un equilibrio diferente entre política y economía.

Fuentes periodísticas:

La Voz del Interior (LVI)

La Mañana de Córdoba (LMC)

BIBLIOGRAFÍA

Angenot, M. (1989): *1889 Un état du discours social*. Québec, Le Préambule.